

LA JUVENTUD LITERARIA.

SE PUBLICA LOS DOMINGOS

Año VI.

Murcia 4 de Noviembre de 1894.

Núm. 237.

SUSCRIPCIÓN: En Murcia, 50 cts. al mes. Fuera, 2 pesetas trimestre.—Anuncio y periódico 1 peseta al mes.

Director: Ramón Blanco Rojo.

Imprenta y oficinas: Mariano Padilla, 49.

La correspondencia al director. No se devuelven los originales. Número suelto 10 céntimos.

La Juventud Literaria.

PALIQUE.

Voy á escribir el Palique poco menos que á la fuerza; mi cabeza es una fragua, una fragua es mi cabeza, y á todo esto aquí me hallo sin encontrar una idea para que pueda salir de mi tan penosa empresa.

Los que somos periodistas pasamos la pena negra; á veces, mentimos mucho y sinó vaya una prueba:

«Ayer, oímos decir que habían llegado á ésta de Madrid, cinco rateros: El Blás, El Sacamantecas, El Vizco, El Colerao y el célebre Quitapenas.

Al inspector de orden público D. Juan Antonio La Mesa, trasladamos la noticia para que cogeros pueda.»

En cafés, calles y plazas esta noticia comentan.

—Pero chico, ¿has leído lo que dice «La Linterna»?—

exclama un joven miedoso á su amigo Juan Tachuela.—

—Si, hombre, eso nos faltaba que *quita nos quite penas*.

—¡Yo lo siento por mi capa!

¡¡Maldita gente ratera!!

—Amigo, resignación, no hay más que tener paciencia.

A los cuatro ó cinco días vuelve á decir «La Linterna»:

«Los bandidos de Madrid que se encontraban en ésta, parece que se han marchado con el negocio á su tierra.

El inspector de orden público así nos lo manifiesta.»

De estas noticias hay muchas, y algunas de trascendencia, como há poco que leí de que Gamazo, proyecta para cuando sea ministro (que quiera Dios no lo sea) imponer contribución á las muchachas solteras.

Si llegase á realizar lo que Gamazo proyecta, estoy dispuesto á casarme con todas las que á mi vengan.

Mas antes he de advertir, y con esto no se ofendan, que me casaré, soy claro, con la que fuere más bella.

También en la redacción hay chicos de buenas prendas, que por casarse, darian su mano á cualquier doncella, esto es, si la muchacha fuese honrada y hechicera.

* * *

Pues señor, los franceses son el mismo diablo.

¿Pues no quieren inventar una máquina para volar?

Para los que tienen novia en tercero ó cuarto piso, sería éste el mejor de los inventos.

Paréceme ver á algún enamorado volar, y que apoyándose en los hierros del balcón de su amada, exclame:

—¡Ay, Rosita, Rosita; Dios bendiga á los franceses! Gracias á ellos puedo verme junto á tí.

—No me digas eso, pues sé que tu quieres más á Juanita Cazacuernos, que á mí.

—¡Cá, cá, nena de mi vida!—exclama el doncel con acento de gallina *ponedora*.—Tus miradas de toro han herido mi lacerado corazón; la de Cazacuernos, cuando vi que quería cogermela di un *cambiazco*.

—Entonces me tranquilizo.

Ocho días después, D. Roque y toda su familia, al anochechar de un día de primavera, echan á volar por esos mundos de Dios.

—¿A dónde vá usted, amigo D. Roque con toda la familia?—le dice un joven, que viene de tomarse unas copas en la taberna de La Estrella.

—¡A la Luna!

—¡Caracoles!

—Si señor; mi Rosita se ha escapado con el novio, y creo, que para pasar la *luna de miel* se habrán marchado á la *idem*.

—¡Hombre! tiene gracia.

—Nada, amigo, hasta la vuelta.

—Feliz viaje.

Antes de que llegasen á la Luna D. Roque y toda su familia, fué cogida la enamorada pareja.

Des nubes cercanas presenciaron la trágica escena.

—¡Hija infame!—exclama la señora de D. Roque.

—¡Abestrúz!—dijo el niño menor á su futuro cuñado.

—¡Morrall!—objetó el mayor, agarrándose á una *pata* del doncel.

—¡Dejádmelo solo!—exclamó D. Roque, dando un fuerte *berrio*.

El pobre Pepito, cuando vió á toda la fa-

milia de su Rosa, dijo entre sí: Mala, mala cogida ha sido ésta.

La niña se desmayó, quedándose *inmuelle* en mitad del espacio.

El ex-amante de Juanita Cazacuernos, recibió tal *embestida* de D. Roque, que le fracturó tres costillas y le rompió la máquina.

Al verse Pepito con el aparato roto, se abalanzó á su novia y cogiéndola entre sus brazos, descendieron rápidamente.

En esto, la Luna asomaba por el horizonte.

Los jóvenes enamorados se estrellaron en la reca.

¿Qué os parece, queridos lectores, la anterior historieta?

Yo, francamente, no tenía intención de matar á los protagonistas; pero no sabiendo que hacer con ellos, dije: Entre casarlos ó estrellarlos, elijo lo segundo.

De este modo resulta más dramático.

Y sobre todo siendo alumbrada la escena por la blanca luz de la Luna.

¿Y con D. Roque y toda su familia, qué es lo que hace usted?—preguntará el lector.

Dejarlos solos para que regresen á su casa. Sería muy inhumano se los matara de un rayo.

RAMON BLANCO.

¡VÆ VICTIS!

No llores, Isabel, y tén paciencia, que en amor como en todas las cuestiones te dará la experiencia suma ciencia; por más que solo llega la experiencia cuando ni restos quedan de ilusiones.

No se me oculta nada de tu historia de amor, cual todas tierna: amar mucho y después ser olvidada! ¡Esta, Isabel, es la novela eterna!

Sé que á tus pies postrado estuvo, acaso ciego; le creiste tal vez enamorado y sus favores le otorgaste luego.

Y desde entonces en la triste vida de un amor que marchaba hácia el hastío él era el vencedor con su desvío, y tú, mal que te pese, la vencida.

Aunque ya no le amabas sumisa suplicabas te volviera tu honor escarnecido; y á tu dolor ajeno, contestó parodiando al gale Breno: —En materia de amor, ¡ay del vencido!

INOCENCIO DE OÑA.

SILUETAS



UN HUERTANO.

¡Canásticos! qué vida ésta ¡y cómo pasan los tiempos! ¡Cuando yo era zagalico!... Entoavía me ricueldo...

Mi madre estaba empeñá en que yo fuera al colegio pa aprendelme la cartilla con don Pepe, er señor maestro, y que dimpués estudiara en la escuela e San Flugencio.

Ascueta, zagá!—me icía—tus paeres yastán mu viejos, y si tú aprendes de cura luego sabrás lo que güeno.

Pero como que la güerta entoces daba dinero, porque nabía chupa ciridos desos que vién del infierno, yo no pensaba en sel cura ni en salirme de mi pueblo.

A mí me bustaba más regolverme en el astilecol y arremangarme los brazos pa dirme á los sementeros, que vistirme con monete y con los hábitos negros.

Cuidar de los animales era toico mi embeleso. Luego á hablar con las zagalas, y en verano y en invierno, los domingos por la tarde á bailar á cal tío Pedro.

Y asina me divertía gastando poco dinero, y sin dejustar á naide y sin meterme en enreos.

¡Luego, por mi mala suerte, caí sordao dun regimiento, y me juí á selvil al Ray, quera un zagá mu pequeño y quiba tamien vistío de sordao como yo mesmo.

Me sacaron pa caballo, y me daban mu buen pienso; y como entindía e bestias ar capitán dije luego que queriba descender con galones de salgento.

